

## Morfología y productividad del léxico económico

**María Cecilia Ainciburu**

*Facoltà di Economia "Richard Goodwin"*

*Università degli Studi di Siena (Italia)*

### **1- Apuntes metodológicos: diacronía y procesos productivos**

Cuando se habla de formación de palabras es posible adoptar una perspectiva diacrónica, lo que implica el estudio de la procedencia de las diferentes raíces morfológicas griegas, latinas u otras y su desarrollo dentro de la lengua romance, o una perspectiva sincrónica que estudie un corte temporal determinado y la convivencia de distintos estadios de lengua. En realidad ambas perspectivas se completan entre sí y no es posible prescindir completamente de una cuando se pretende comprender en su totalidad un fenómeno.

En el caso del lenguaje económico podemos señalar dos etapas fundamentales de adquisición de vocabulario: la formación del vocabulario comercial y la introducción del vocabulario económico analítico. En la primera etapa, la actividad comercial lleva a la adquisición de palabras que nombran cada una de las transacciones y los diferentes modos de intercambio. Esta fase se observa con mayor intensidad en los siglos de formación del español general y se caracteriza frente a otras lenguas europeas por la gran presencia de raíces árabes. El vocabulario económico analítico surge, en cambio, en época más reciente a partir de la traducción de las obras de Smith y por razones obvias presenta una serie enorme de calcos de la lengua inglesa. Éste es el problema al que más se hace mención en los foros lingüísticos de los últimos años, razón por la cual le dedicaremos el debido espacio en el apartado de formación de vocabulario por préstamo o neologismo.

Muchos de los trabajos de lexicografía de los últimos años tienden a estudiar el proceso de formación de palabras para descubrir las leyes que guían estos procesos. La atención se centra en aspectos de tipo combinatorio y en las respectivas formas de condición y restricción de dichas combinaciones. En este sentido se analiza la competencia léxica del hablante en un léxico posible o ideal que ilustra la capacidad de crear y entender nuevas palabras y deja un poco de lado el lexicón en uso. Se trata de modelos que estudian preferentemente las fuerzas endógenas de cambio en la lengua, mientras que este trabajo se centrará fundamentalmente en las fuerzas exógenas como consecuencia del contacto entre las lenguas.

Se ha observado siempre que la creación de palabras es fundamentalmente un mecanismo morfológico (Lang, 1997). Durante muchos años la descripción del lexicón individualizaba morfemas de base y morfemas de derivación: los primeros contenían una unidad semántica y podían presentarse en forma autónoma, mientras que los segundos necesitaban siempre el proceso sumativo porque modificaban el semema inicial, pero no podían sustituirlo autónomamente. Esta distinción se encuentra en la base de los procesos de composición y derivación por sufijos y prefijos, y fue una clave teórica fundamental en los estudios clásicos de lexicología, donde había que distinguir la

flexión de la derivación, pero hoy tiende a ser considerada parte de un mismo proceso de formación de las palabras. En ambos casos, existen más similitudes que diferencias.

Aunque se considera que el inglés o el francés son idiomas altamente flexivos, se aprecia que el español posee una fuerza derivativa superior. El inglés prefiere la composición directa por suma de étimos y, el francés, las estructuras frásticas, mientras que el español prefiere crear un nuevo lexema sobre base única<sup>1</sup>.

Se ha observado que el español produce mayor cantidad de términos nuevos por afijación o sufijación que por composición sumatoria<sup>2</sup>. De todos modos cada proceso productivo tiene más o menos peso en los distintos períodos de formación de la lengua, o sea, desde el punto de vista diacrónico<sup>3</sup>.

Dejamos de lado, entonces, los mecanismos puramente morfológicos y nos centramos en los otros sistemas productivos: abreviación, apócope, préstamo y neologismo. Ya se verá, en la descripción de estos procesos, que el mecanismo puramente morfológico no se ignora, sino que, en el caso específico del lenguaje económico, viene implícito en los mecanismos que resultan más generales y productivos.

## 2- Abreviación: sigla y acrónimo

Mediante la **abreviación** se producen términos que son la suma de la combinación de las letras iniciales de un conjunto de nombres, generalmente instituciones, pero en el caso de la economía también de procedimientos legales que se institucionalizan<sup>4</sup>. El caso de las instituciones propiamente dichas es el más productivo en el español general, pero el relativo a los procedimientos legales es el que más caracteriza al lenguaje económico. Cuando hablamos de **acrónimo** nos referimos a una palabra formada con la primera letra de los elementos principales de la expresión que abrevia; **la sigla**,

1 Ejemplos en los distintos idiomas pueden buscarse en el diccionario editado por Munniksma (1974) *International Business Dictionary in nine languages*. Holland. Kluwer- Deventer. Valga uno por todos : chartering broker – courtier d' affrètement – fletador.

2 Es una opinión generalizada pero, si se desea una cantidad ingente de ejemplos, se puede ver Pflander (1954) *O Wortschatz der Sportsprache Spaniens*. Berna. Francke. (Trad: Las palabras del deporte (1965) Buenos Aires. Hache libros.); pp. 30-65.

3 Aunque no queremos detenernos en los procesos de renovación morfológica, esta diferencia en el sistema de cambios puede ejemplificarse con la sustitución de prefijos propios del español como *so-*, *sobre-* con los llamados afijos cultos internacionales en este caso *hyper-*, *hipo-*. En economía se encuentran en competición formas del tipo sobreproducción e hiperproducción y delimitar hasta que punto esta sustitución de formas afijativas de origen culto, consideradas más internacionales, sea un problema interno al sistema productivo o de derivación neológica es bastante difícil. Este mecanismo se reproduce también en las formas de sufijación donde algunas partículas se demuestran más productivas que otras y donde las formas latinoamericanas aceptan más fácilmente sufijaciones "internacionales" en convivencia con otras más tradicionales del español peninsular, así conviven por ejemplo el más tradicional *optativo* con *opcional*. Es evidente que estos procesos, si bien guardan relación con variables internas a cada lengua, están influenciados por el contacto con los sistemas lingüísticos de otras lenguas y con los paradigmas dominantes. Si esto es cierto para la lengua en general es, sin ninguna duda, el problema central del lenguaje de la economía.

4 Existen grandes diferencias en el caso de la nomenclatura empleada para definir acrónimo, sigla y sigloide, por razones de brevedad remitimos a la bibliografía.

Ver Alvar, M. y Miró, A., (1983) *Diccionario de siglas y abreviaturas*. Madrid. ed. Alhambra;

Casado Velarde, M. (1985) *Tendencias en el léxico español actual*. Madrid. Coloquio;

Zgusta, L. (1971) *Manual of Lexicography*. La Haya. Mouton.

en cambio, puede estar formada por más de una letra de cada uno de los términos de la frase.

En todo proceso de creación de palabras por abreviación existe, obviamente, la intención de reducir una secuencia demasiado larga desde el punto de vista gráfico o fonético. Dicha secuencia será suficientemente reconocida, en tanto en cuanto basta para que la reducción se sustente en una definición de base que no se pone en discusión. Este mecanismo se hace evidente en muchos artículos académicos donde el autor crea una abreviatura para facilitar su exposición y la lectura del artículo. En este caso, el autor normalmente presenta el problema, define los términos o, al menos, los circunscribe a un ámbito semántico, a veces con la referencia a un criterio de autoridad de la historia de su disciplina, y sólo después anuncia que, de allí en adelante, el lector encontrará una determinada sigla para definir el concepto ya especificado. El acuerdo inicial, que es obvio en el caso de las siglas institucionales, debe ser señalado en las siglas conceptuales. En el caso del lenguaje económico podrían estudiar los grados de lexicalización de una abreviatura en una secuencia histórica<sup>5</sup>.

En la canonización de la unidad fraseológica que se abrevia queda claro que no es únicamente el significado lo que se ha definido, existe también una intención de preservar la relación sintáctica que une los elementos. Así la sigla constituye una referencia al conjunto semántico y a un orden preestablecido de cada uno de los elementos morfológicos<sup>6</sup>.

En la formación de una sigla existe, desde el punto de vista léxico, un proceso que va desde la creación de la sigla, en la cual se reconstruye el significado inicial de la unidad de base, hasta la fase en la cual el hablante no sólo no apela a la frase sino que, al contrario, la sigla alcanza un valor de palabra que hace olvidar la frase de la cual proviene<sup>7</sup>. Obviamente este proceso no se verifica en todos los casos, sino que puede abortar en un cierto punto o convivir en diferentes fases de desarrollo<sup>8</sup>.

---

5 Un estudio de este tipo podría abarcar muchos ámbitos, desde el uso sociológico o de escuela (ciertas abreviaturas que después de ser usadas por un maestro se canonizan y se difunden) hasta la penetración que ciertas formas del lenguaje especial poseen por razones coyunturales en ámbitos no especializados; por ejemplo es muy difícil que un español sepa que es el RP (riesgo país) y es probable que muchos hispanohablantes sí lo sepan.

6 Esta doble tensión de reducción y expansión ha sido estudiada por L. Guilbert (1975) *Grammaire générative et néologie lexicale*, en *Langages* (36). Paris. Didier-Larousse.

7 Se puede observar que el estudio de este proceso es fundamental en los idiomas, tanto que algunos representantes de la gramática generativa lo consideran un proceso universal aplicable a la generación de palabras en sí y no sólo a la abreviación. Guilbert (1971), *op cit*, prologue, muestra que cada lexema deriva a partir de una estructura sintáctica subyacente o sea, que en la palabra *economista* subyace una estructura del tipo de "el hombre que se ocupa de economía". A pesar del hecho de que autores como Scalise (1987), *op cit*, p.24-28 señalan que existe una falacia en la aplicación extendida de la hipótesis transformacional, prescindiendo de otros aspectos semánticos, queda en pie el hecho de que en algunos casos la estructura subyacente sí explica la índole de las relaciones entre constituyentes de una palabra. El problema puede ser contemplado también en las formas obtenidas por composición donde el compuesto "ojo de buey" se contraponen semánticamente a su homólogo.

En los estudios postchomskyanos que intentan fijar las leyes intuitivas e immanentes según las cuales un hablante construye su propio léxico, el problema más importante no está en fijar las leyes sino en explicar por qué razón el hablante no las aplica con regularidad. Hoy por hoy, el callejón parece no tener salida, por lo que los estudios léxicos en la actualidad se limitan normalmente a una fase descriptiva de los fenómenos.

8 Se puede observar fácilmente que, en una muestra de artículos de *El País* contrapuesta a otra de *Cinco días*, algunas siglas se repiten pero con la aclaración entre paréntesis en la primera y sin aclaración en la segunda. Obviamente es la intencionalidad de escribir para un grupo más amplio o más especializado de lectores la que determina esta actitud.

Existen dos fases intermedias en el proceso que va desde el reconocimiento de cada uno de los componentes hasta el desconocimiento absoluto de los mismos en la unidad de la palabra<sup>9</sup>. Al inicio existe un primer cambio cuando se empieza a leer la sigla como una abreviatura (ONG deja de ser leída como “organización no gubernamental” y se lee “o-ene-ge”) y, el segundo se produce cuando se leen las iniciales pero sin reconocer la unidad léxica. El español prefiere la verbalización a deletrear cuando la sigla se puede pronunciar y por eso toma casi inmediatamente una letra de apoyo cuando las iniciales puras no permiten la lectura directa. Esta preferencia del español ha sido ya señalada, y constituye un rasgo característico de su proceso de formación de palabras. Es tan fuerte que, muchas veces, se salta el paso intermedio de reconstrucción de la sigla o de silabeo<sup>10</sup>.

La lexicalización de la sigla se acompaña gráficamente y de modo casi inmediato, de la suspensión del uso de los puntos intermedios entre mayúsculas y, posteriormente, de la reducción a minúsculas. El uso de la mayúscula sólo en el caso de la primera letra, como si se tratara de un nombre propio, es exponente de un avanzado proceso de lexicalización de la sigla. En muchos casos este proceso es tan profundo que el hablante empieza a ignorar los componentes e incluso se vuelve incapaz de reconstruir el sintagma original.

La lexicalización de derivados siglicos constituye el último paso de este proceso y parece ser distintiva del español frente a otras lenguas europeas. Así empiezan a encontrarse palabras como “opada” u “opar” que derivan de OPA donde parece evidente que el hablante no reconoce los componentes de la sigla y la asocia directamente a un significado único. Por razones obvias, este mecanismo resulta extremadamente productivo en áreas del lenguaje económico<sup>11</sup> donde las siglas presentan flexión de número o formas que se adaptan a la conjugación verbal.

Existen distintos criterios para afirmar que una sigla se ha convertido en una nueva unidad léxica<sup>12</sup>. En general, se observan cuatro características:

- a- La sufijación nominal o verbal (opa, opar, opada).
- b- La flexión de número singular o plural (una pyme, las pymes).
- c- La inclusión gráfica de elementos provenientes no de la siglación sino del deletreo (NAFINSA no procede ni gráfica ni fonológicamente de “nacional financiera sociedad anónima”).
- d- La falta de puntos entre las iniciales o el uso de la mayúscula inicial.

9 Se sigue la conceptualización de Casado Velarde (1985), op cit, p.19.

10 ver Wittlin, C.J. (1981): «Un nuevo tipo de siglas: Acrónimos lexemas contextuales», en *Lingüística española actual* (III), Madrid. Instituto de Coop. Iberoamericana; p. 159.

Se revela que ya sea en inglés como en francés la etapa de silabeo es más prolongada y que incluso no se produce la transformación en palabra. Esto comporta que en aula ELE se deba remarcar la lectura de ciertas siglas, como USA, que el alumno estará acostumbrado a efectuar en su lengua materna por medio de silabeo.

11 El proceso se manifiesta mayormente en áreas como la económica o la informática que proceden con mecanismos de calcos siglicos del inglés. Para evitar la repetición de temas en la exposición se remite a la sección de formación de palabras por préstamo o neologismo. Se anota que existe una diferencia en el proceso de importación de siglas desde el inglés en el área económica respecto a la informática. Tanto en el área económica, como en el español en general, las siglas intentan conservar las iniciales del inglés aun cambiando el orden de estas, como sucede en FMI-IMF, OTAN-NATO, ADN-DNA, pero en el ámbito informático este proceso no se verifica. Las siglas tienden a ser importadas en forma de calco: URL, y no LUR (Localizador Universal de Recursos) GSMC, y no SGCM (Sistema Global para Comunicaciones Móviles), HTML, y no LMHT (Lenguaje de Marcado de HiperTexto).

12 Para una buena clasificación de estas formas de lexicalización ver M. Casado Velarde, (1985) op. cit., p.24.

Desde el punto de vista del estatus léxico de las palabras generadas por siglación o acronimia se ha señalado que:

[.....]resulta, además muy problemático. En primer lugar, cabría hablar de la escasa perdurabilidad de tales términos, porque proliferan en contextos ligados a la política y a los negocios, ámbitos caracterizados por una existencia poco menos que fugaz (...), responden a congelaciones acronímicas que responden a un determinado momento político<sup>13</sup>.

### 3- Apócope

El término general de *clipping*, que normalmente se traduce como acortamiento<sup>14</sup> o como abreviación, puede incluir la descripción del fenómeno subyacente que se observa en cole (de colegio) o los que tradicionalmente llamamos apócope. Ninguno de estos dos casos es frecuente como sistema de formación de palabras en el campo económico<sup>15</sup>.

### 4- Calco, préstamo, neologismo

En el mundo aparecen objetos o se realizan interpretaciones conceptuales que hay que nombrar; los neologismos provienen de esta necesidad bien inventando una nueva palabra o bien agregando un nuevo significado a una forma ya en uso. En la práctica, la palabra en sí tendría que ser una constatación del dinamismo de un idioma, dado que en cada momento de la diacronía del sistema lingüístico observamos neologismos. Sin neologismos la lengua sería un sistema que no evoluciona. Creemos que la cuestión no radica tanto en el hecho de que se produzcan palabras nuevas, sino en el modo en que se perciben.

El uso impone las nuevas palabras, pero como estas no surgen siempre como denominación de un objeto nuevo, sino como nueva visión de una cosa o de un concepto, muchas veces se producen sinonimias y repeticiones en el corpus de la lengua<sup>16</sup>. Muchos puristas querrían que fuese posible estudiar si un término es necesario y si su forma se adapta a los cánones antes de ser incluida en el idioma; pero todos sabe-

---

13 Lang, M (1990) op. cit., p. 257. No existe duda de que las siglas de partidos políticos, de organismos nacionales e internacionales, están sometidas a la ley de subsistencia real y que la palabra queda en uso en relación con la duración histórica del fenómeno. En el caso de palabras que proceden por acronimia, pero se lexicalizan plenamente, como el ejemplo ya estudiado de OPA, se puede prever una suerte diferente. Es obvio que una forma de adquisición está supeditada también al cambio histórico, pero en ese caso la duración de uso de la palabra se puede prever similar a la de cualquier otro término histórico.

14 Así prefiere por ejemplo M. Lang (1990) op. cit., p. 210.

15 Algunas formas apocopadas se transforman en raíces capaces de formas de composición no tradicional como los casos de combinación (*blending*) presididos por euro-, credi-, publi-, etc. En este caso las formas apocopadas terminan actuando con una función muy parecida a la de los prefijos como puede verse en la enormidad de nuevos términos acuñados sobre la raíz euro-, del tipo eurofata, eurodecreto, eurocultivo, etc o en el prefijo ban- que indica nombre de actividades o servicios bancarios como Banesto (banco español de crédito), Bancobao (banco bilbao), etc. En este sentido la productividad de términos asociados al apócope de nombres de países o regiones es muy grande y persistente a pesar de las previsiones de los lingüistas: así los compuestos de iber-, argen- y mex, por ejemplo. El argumento se ha tratado en nota porque no se trata de apócope puro sino de constitución de sufijos.

16 Para Dubois neologismo es ya sea "toda palabra de creación reciente o recientemente tomada de otra lengua" que "toda acepción nueva de una palabra ya antigua". Para una comparación de las diferentes acepciones de la palabra en los principales diccionarios de habla española, ver Guerrero Ramos (1997) *Neologismos en el español actual*. Madrid. Arco / libros.

mos que la lengua se constituye por el uso y no por mandatos externos. En este sentido queda claro que casi todos los términos que constituyen el vocabulario económico han sido alguna vez neologismos, hayan sido tomados como cultismos del griego o del latín, provengan del árabe, del francés o se incorporen desde el ámbito anglosajón. Por esto nos parece vana la discusión sobre si tenemos que considerar la condición neológica como diacrónica o sincrónica; lo que tenemos que considerar como punto clave es la incorporación léxica.

En el proceso de integración del neologismo al corpus de la lengua existe, en muchos casos, una forma de adecuación gráfica u ortográfica del tipo de la que hemos analizado en los procesos de siglación. Algunas palabras conservan por un tiempo su morfema en la lengua extranjera, incluso colocadas en letra cursiva o entre comillas, después adecuan su ortografía al español e incluso llegan a ser incluidas en el DRAE, lo cual parece ser una certificación de pertenencia al corpus; así ha sucedido con las formas *chárter* o *cheque*, por ejemplo.

[.....]si se trata de una voz de origen extranjero, su total adaptación fonética y gráfica al sistema constituye la mejor garantía de que ha perdido ya el carácter neológico. Esto mismo ocurre, desde el punto de vista morfosintáctico, cuando el neologismo se ha adaptado de tal forma a la lengua que sirve de base para la formación de derivados y, desde el punto de vista semántico, cuando el neologismo desarrolla nuevos sentidos y se vuelve polisémico<sup>17</sup>.

El problema es que no se puede reducir la cuestión de la introducción de neologismos a un proceso de integración en fases. Esta forma de tratar la cuestión excluye tanto los aspectos semánticos como la gran cantidad de palabras que añaden una acepción pero comparten el lexema. Así el proceso neológico no puede definirse como un proceso mecánico, porque los morfemas no son entidades aisladas, sino partes de un sistema; razón por la cual los procesos de renovación del sistema implican factores complejos que van desde lo fonético a lo socio-cultural<sup>18</sup>.

La neología, definida como proceso, podría contener en sí todas las demás formas ya estudiadas, como la siglación, la apócope, etc. e incluso formas de creación de palabras por composición, derivación, metaforización u onomatopeya. Repetimos: todas las palabras han sido nuevas en algún momento de la historia de la lengua, o pueden haber sido percibidas de este modo.

En el léxico económico el proceso neológico más productivo y el más problemático es el **préstamo**. Aquí también es posible realizar una distinción:

Los préstamos por necesidad o denotativos sirven para designar productos y conceptos nacidos en un país extranjero. Los préstamos de lujo o connotativos son aquellos causados por un mimetismo lingüístico, desarrollado por el prestigio ejer-

17 Guilbert (1974) *op. cit.*, p. 34.

18 Entre las clasificaciones del neologismo que toman en cuenta diversos factores productivos, la más clara parece la de Rey-Debove (1971) *Étude linguistique et sémiotique des dictionnaires français contemporains*. París. Mouton. Para una primera aproximación al problema ver Guerrero Ramos (1997).

cido por un cierto tipo de civilización y cultura, o por ignorancia, papanatismo, etc. Aparte del valor relativo y empírico de esta diferencia, lo cierto es que los préstamos provienen casi siempre de la lengua de un país dominante económica y científicamente, o con reconocido prestigio en el ámbito en el que se introduce el préstamo<sup>19</sup>.

El problema más obvio de la producción neológica es el de la invasión por préstamo de los **anglicismos**<sup>20</sup>; problema que se puede observar en todos los sectores del idioma, pero que es fundamental en el lenguaje económico. Ya habíamos dicho, cuando hablábamos de diacronía, que existe una masiva inclusión de términos provenientes del árabe en el español comercial del siglo XIV. Ningún purista discute que tengamos que usar la palabra "acopio", de raíz latina, en vez de "ahorro", de raíz árabe.

El problema fundamental está en la percepción del hablante. Pensemos que cuando Deroy usó por primera vez la palabra neologismo en el siglo XVIII lo hizo para designar una manera afectada de expresión<sup>21</sup>. Parece claro que este juicio de valor es el que pesa sobre quien usa palabras de origen extranjero. Veamos un caso emblemático:

El vicio que -lamentablemente- se ha extendido de intercalar locuciones "pochas" tuvo su origen en los que antaño iban a estudiar posgrados (sic) en los Estados Unidos y a su regreso interpolaban expresiones inglesas a modo de ostentación para evidenciar y presumir con ello de un cierto "barniz" cultural reciente. Si esto fue una realidad en la década de los cuarenta, en la actualidad el introducir palabras inglesas en la dialéctica cotidiana profesional no tiene más mérito, ni más razón, que el que ostenta un "espaldamojada" en su slang de regreso<sup>22</sup>.

Lo que puede interesar en este caso no es una lista de palabras "condenadas" sino más bien cuáles son las expresiones que se advierten como préstamos y cuáles no. No se puede negar que las traducciones de "consultor" por *advisor*, de "descanso" por *break*<sup>23</sup>, etc. estén ciertamente justificadas y que su uso dependa más de la intención del hablante que de la necesidad expresiva real. En otros casos la traducción no es siempre directa; así *display* no puede traducirse siempre como "exhibidor", muchas veces será "pantalla", sea una u otra, siempre le corresponde una palabra apropiada en español. En un tercer orden de palabras propuestas, como "mercadotecnia" por *marketing* o "renta de un producto o servicio" por *leasing*, son claramente antinaturales o antieconómicas en el español. Finalmente el cuarto tipo de equivalencias "caja"

---

19 Guerrero Ramos (1997) *op. cit.*, p.37.

20 Se evita entrar en particulares tipológicos, para una distinción clara de la terminología anglicismos crudos o en incorporación, calco o parónimo, ver Lorenzo, E. (1996) *Anglicismos hispánicos*. Madrid. Gredos.

21 Ver Deroy, L. (reed. 1971) *Néologie et néologismes : essai de typologie générale*, en *La banque des mots*, Paris, Sorbonne, pág. 6.

22 de Farcug, C.(2001) La connotación del lenguaje en el mercado en [www.gld.iteso.mx](http://www.gld.iteso.mx). Obviamente el artículo tiene como corolario una lista de expresiones que deben usarse en vez de sus correspondientes en ingles. En México, de donde proviene el artículo citado, se entiende bien el problema, dado que la proximidad y la conmixión de las lenguas en el mundo de los negocios es muy fuerte. Pero es obvio que en este caso la defensa de la lengua se transforma en un modo de reafirmación de la identidad cultural, como decíamos: el problema del préstamo no es reducible al problema morfológico.

23 La variedad del español permitirá igualmente que estos términos puedan ser traducidos por asesor o por *pausa*, sin desvirtuar el significado original, sólo que aquí entraríamos en problemas de competencia de términos internos a la lengua española y a sus dialectos.

por *check out* o “clasificación” por *ranking*, parecen no respetar el significado del término en inglés.

Bajo esta discusión sobre las equivalencias existen, al menos, dos núcleos problemáticos: el de la posibilidad de la traducción<sup>24</sup>—o sea, cuánto traduce la traducción— y la del uso del lenguaje económico como lenguaje sectorial dentro de la norma culta. En el primer caso parece obvio decir que no siempre una expresión puede recoger en su traducción todos los aspectos connotativos de la expresión original. Éste es un problema de base en la traducción, pero a nadie se le ocurriría decir por ello que la traducción es innecesaria o inútil. Decir que la mayor parte del discurso económico teórico ha sido pensado en inglés y que los especialistas deberían “re-pensarlo” sólo en inglés es un absurdo. Por otra parte, como bien sabemos, existe un proceso de incorporación de los discursos especializados en el saber general — y consecuentemente en otros idiomas— y esto, en el caso de la economía, parece aún más perentorio que en otras disciplinas.

El hablar “*en difícil*”, o sea, utilizando términos especializados obedece, en algunas ocasiones, a un deseo de aparentar que se sabe mucho, se domina un tema, o se sabe más que los demás, pero el uso de terminología especializada se debe también a que quienes introducen vocablos para designar situaciones nuevas suelen ser economistas o periodistas especializados. Esas personas, por lo general, profundizan sus conocimientos leyendo publicaciones en inglés y de ahí al contagio hay un solo paso. Esta situación es de rabiosa actualidad porque la economía, como se ha dicho en el Foro, se presenta como “*el saber supremo de la humanidad*”, por encima de la política y de las ciencias sociales<sup>25</sup>.

Los lingüistas toman nota de la existencia de un lenguaje de especialistas plagado de anglicismos, principalmente por razones de economía y de denotación; lo que se discute es si éstos deben penetrar en el discurso periodístico y en los medios de comunicación. Así pues, no se discute que el médico informe a un colega con términos incomprensibles para el hablante común, sino que pretenda comunicarse con el paciente del mismo modo. En este sentido, como habíamos señalado anteriormente, parece decisiva la visión subjetiva del hablante: lo que él percibe como dentro de la norma o fuera de ella.

En la aceptación de los anglicismos<sup>26</sup> pueden señalarse, al menos, tres grandes áreas:

24 Es sabido que en el lenguaje de las ciencias han existido intentos para constituir una terminología unívoca y monosémica, como por ejemplo en los glosarios de Wüster de los años cincuenta; pero observando los resultados se ve que la correspondencia semántica de palabras en diferentes idiomas se limita a términos de carácter anatómico, definiciones procedentes de las ciencias exactas y nombres de máquinas. Las ciencias sociales no pueden ser incluidas en este sector y en este sentido la economía ha respondido con intentos de fuerte matematización de su discurso. El tema ha sido expuesto en Ainciburu (2003) El discurso económico analizado a través de la teoría literaria, *Quaderni del Dipartimento di Studi Aziendali e Sociali* (10). Siena. Università degli Studi. En los últimos años parece fuerte la tendencia a reivindicar el carácter social de los términos en la comunicación.

25 Extraído de las conclusiones del foro “la economía manda en las palabras” escrito por Tito Drago para la página *Unidad en la diversidad*, marzo 2002.

26 Otros autores hablan de diferentes factores que determinan la aceptabilidad del neologismo: la economía del discurso y la existencia de un comité de referencia para su aceptación en la norma culta. Aquí se propone, sin excluir los factores señalados, que se consideren los factores de denominación ya que parecen explicar mejor algunos fenómenos de difusión de los vocablos, como se verá más adelante.



la de la denominación metafórica, la de la denominación con lema de origen latino y la de lema no latino. Veamos dónde se presentan los problemas.

Para la explicación de algunos fenómenos económicos los especialistas usan metáforas, así se habla de *bubble* cuando se habla de especulación, *bull and bear* cuando se habla de estrategias alcistas o bajistas, o de *paper* para designar los instrumentos de cambio en los diferentes mercados mobiliario, monetario o hipotecario. La traducción directa por términos como burbuja, toro y oso o papel no presenta problemas, el lector puede no saber a que se refiere inicialmente el discurso; pero aunque se aclare el concepto en nota, los periódicos no parecen sentir la necesidad de colocar el término en inglés. Esto es tan evidente que muchas veces se encuentra la aclaración contraria y, en textos de periodismo especializado, hallamos la palabra original en inglés entre paréntesis. Cuando es un adjetivo el que presenta esta característica metafórica, la traducción literal parece imponerse, como ha sido frecuentemente señalado en ejemplos como "tarifa plana" (*flat*).

Cuando las palabras que se usan para nominar un concepto o un objeto del área económica provienen del latín, no parece tampoco que el hablante tarde tanto en incorporarlo a su lenguaje<sup>27</sup>. En el ámbito periodístico las palabras no se colocan en cursiva, con lo cual no se indica que deban ser entendidas de modo particular. El ejemplo de los sustantivos es sencillo: palabras como inflación, equilibrio o compensación se advierten como perfectamente integradas al idioma; incluso el DRAE las incluye sin explicitar que se trate de neologismos o anglicismos, solo con la indicación de pertenencia al lenguaje económico<sup>28</sup>. El uso en forma de calco de los adjetivos constituye el aspecto más evidente de la poca percepción del anglicismo cuando existe el lema latino en nuestro idioma: el término "agresivo", que frecuentemente acompaña la caracterización de un tipo de *manager*, proviene claramente del término inglés *aggressive*, pero no se coloca en cursiva y ningún oyente pensará que se trata de un individuo socialmente peligroso. Muchos puristas atacan el uso de puntual como concreto, cuando en español el término significa: "Pronto, diligente, exacto en hacer las cosas a su tiempo y sin dilatarlas", pero es evidente que esta acepción se impone con fuerza.

Si las palabras son de origen no latino, el hablante las percibe como un elemento extraño en su lengua, en primer lugar desde el punto de vista fonético. Muchas veces existe un término de uso común que traduce la expresión y, en este caso, se entiende que se considere su inclusión como un hecho meramente estilístico; no podemos, sin embargo, ignorar que muchas veces el término correspondiente no existe o que se identifica de modo académico y que, aun queriendo ser impuesto como en el caso

---

27 Ver Chris Pratt (1980) *El anglicismo en el español peninsular contemporáneo*. Madrid. Gredos.

El autor distingue en estos casos el *étimo último* que sería el que suministra originariamente el término del étimo inmediato que sería la lengua que proporciona directamente el préstamo. El estudio de la etimología de las palabras daría ciertamente una información muy importante, pero sabemos que, si parece fácil reconocer la procedencia de un étimo, es mucho más difícil rastrearlo a través de dos o más lenguas. En el caso del vocabulario económico las fuentes comerciales y académicas están menos trabajadas que los textos literarios.

28 Esto no sorprende en *equilibrio*, porque el efecto neológico se presenta en una acepción y no en el morfema, pero sí en inflación que es un término que no se presentaba en el idioma con anterioridad al siglo XIX y del cual la Academia coloca como primera acepción "acto de inflar", mientras que como hablante no parece natural hablar de "la inflación de un globo" por ejemplo.

del artículo del que hablamos anteriormente, no penetra en el uso<sup>29</sup>. Veamos qué ocurre cuando en un foro se señala léxico económico anglicista:

Un caso en que el anglicismo está mal incorporado, según se comentó en el Foro, es el de las palabras *default* y *swap* que se expandió en los medios de comunicación con las noticias sobre la crisis argentina, aludiendo a la quiebra o cese de pagos en el primer caso y canje en el segundo. En vez de decir “*swap de la deuda pública*” se debería decir “*canje de la deuda pública*”, mucho más español y mucho más comprensible para todos los hispanohablantes<sup>30</sup>.

El problema es la connotación de las palabras traducidas, connotación también presente en el correspondiente inglés<sup>31</sup>. En otras palabras, ¿estamos seguros de que queda claro para el lector medio que realizamos un “canje” de la deuda? Si “canjamos”, ¿que nos dan a cambio? A veces, usar una palabra conocida nos puede hacer creer que manejamos el concepto, cuando queda claro que aun traducida, la palabra alude a un concepto especializado. Muchas veces el hablante no percibe el desvío respecto al significado consolidado y lo incluye como nueva acepción y, en otros casos, reconoce que las acepciones ya existentes rechazan el nuevo significado.

En vez de intentar separar lo que la lengua puede incorporar y lo que no, lo que conviene es esperar. Tenemos algunas indicaciones que nos permiten realizar previsiones, como las características fonéticas de las raíces, pero es difícil saber qué raíces serán más o menos productivas, porque esto no responde a procesos autónomos del sistema lingüístico. La historia de la lengua demuestra que en la espera conviene observar y no condenar.

### **5- Formación de palabras y el aula de E/LE**

En los textos económicos con los que trabajamos en el aula de E/LE existen siempre palabras que provienen de estos procesos productivos que hemos señalado. Sin embargo, la necesidad del alumno de conocer lo que subyace a estos procesos de formación léxica es bastante discutible y no queda claro qué utilidad, además de la conocida erudición en la materia, puede tener su estudio para el docente.

Queda claro que después de lo expuesto en el párrafo anterior, los conocimientos sobre el proceso de formación de palabras nos tienen que llevar hacia una actitud de tolerancia respecto a lo que suele considerarse como barbarismos. Saber de qué

29 Esta falacia se encuentra como principio experimental en la lengua francesa. La comisión de Terminología creada en 1970 señaló 350 anglicismos a los cuales era posible sustituir con palabras francesas y la Gaceta Oficial obligó a su uso en los documentos oficiales con un edicto. En muchos casos se trata de sustituir anglicismos con neologismos de lema latino y no con “palabras francesas” como propone el documento. En modo absolutamente informal se puede constatar que, si las páginas en Internet pueden ser consideradas una vanguardia del cambio lingüístico, las páginas francesas de venta de artículos informáticos usan sin problemas *software* y no *logiciel* y las páginas universitarias hablan de *telefax* y no de *télécopie*.

30 Del ya citado foro “la economía manda en las palabras”.

31 La expresión “quiebra” no parece justa para definir la economía de un país, pero esto es un problema que se presenta por primera vez en cambio económico y suena igualmente nuevo en inglés.

expresión extranjera provienen ciertas frases nos puede ayudar a entender el estado de *interlengua* de nuestro alumno y a ser tolerantes con ciertas inclusiones<sup>32</sup>. En principio porque no podemos considerar error lo que en los hablantes nativos consideramos como elección estilística.

El español de la economía sigue un proceso de inclusión, estabilización y depuración de léxico no tan veloz como el de la informática; pero aún para el especialista en la materia resulta difícil mantenerse al día en el léxico, especialmente aun en estos tiempos de decidida moda panamericana, en los que el profesor de E/LE se ve obligado a tomar contacto con una multitud de variantes dialectales. Para el alumno de E/LE no queda otro recurso que desarrollar una doble estrategia receptiva, lo suficientemente elástica como para comprender las variantes de uso y, al mismo tiempo, rigurosa para que le permita una forma de expresión respetuosa del carácter de la lengua. Será importante para esto que el profesor ayude a desarrollar la competencia sociolingüística que permita distinguir entre uso aceptado, forma aconsejada, uso jergal y uso no aceptado de los neologismos, de modo que el estudiante pueda realizar la elección justa según los diferentes contextos de expresión.

Corriente, F (1992) *Árabe andalusí y lenguas romances*. Madrid. Mapfre.  
Lang, M. (1990) *Formación de palabras en español*. Madrid. Cátedra, pp. 62-87.  
Maíllo Salgado, F. (1998) *Vocabulario de historia árabe e islámica*. Madrid, Akal.

---

32. Podría sugerirse que para un alumno con la forma inglesa dentro de su lengua nativa, la adopción del término hispanizado o de su correspondiente español exige un nivel de lengua mucho más avanzado. En este caso, el uso del barbarismo tiene que ser considerado como un recurso comunicativo y no como un error. Muy diferente es la situación en la cual el alumno no reconoce la significación del término hispanizado en contexto, allí algo falla. La comprensión debería ser siempre un paso adelante para sustentar la producción.